



# DESASTRE EN TRITÓN

HARD SCIENCE FICTION

BRANDON Q. MORRIS

Nick Abrahams todavía tiene el récord mundial oficial de número de lanzamientos espaciales, pero está aburrido de su trabajo como anfitrión de giras espaciales. Sin embargo, solo cuando su esposa lo deja, intenta cambiar su vida.

Nick acepta una tentadora oferta de un multimillonario ruso. A cambio de hacer una simple reparación en la luna Tritón de Neptuno, regresará a la Tierra como multimillonario, lo que le permitirá alcanzar su «sueño imposible» de comprar su propio viñedo en California.

El hecho de que Nick deba viajar solo durante el viaje de ida y vuelta de cuatro años no le molesta en absoluto, ya que de todas formas no le gusta especialmente la gente. Una vez en el camino, se entera de que su nuevo jefe ha omitido algunos detalles críticos en la descripción de su trabajo, detalles que podrían costarle la vida y la existencia de la humanidad...

# El camino

---



## 23 de mayo de 2080 *VSS Freedom*

---

—¿Qué coño es eso de ahí?

Nick se gira sobresaltado hacia la voz. Uno de los pasajeros, el calvito flacucho ese, está mirando la imagen del radar por encima de su hombro.

—Durante el vuelo está prohibido... —comienza a protestar, pero al final sacude la cabeza. Ya está empezando a hacer lo de siempre. ¿Qué puede pasar por hacerle un par de preguntas al piloto durante el vuelo? A fin de cuentas, la gente paga para que los entretenga.

—Permítame que lo mire... —Busca el letrero con el nombre del calvito—, señor Wiseman. Enseguida lo sabremos.

Desplaza la imagen del radar para centrarla en la sombra que ha descubierto el pasajero. Normalmente, Nick no tiene por qué ocuparse del radar, ya que de ello se encarga el piloto automático. Solo tiene que intervenir cuando algo pone en peligro la ruta de vuelo y el piloto automático no es capaz de solucionarlo. Es decir, nunca. La sombra varía su brillo, más o menos, cada minuto. Parece ser que el objeto que la produce está rotando. Nick consulta la base de datos de órbitas y afirma con la cabeza. Parece ajustarse a los satélites de Spacelink, que un multimillonario loco lan-

zara a órbitas bajas hacía tiempo. No llegó a concluir su proyecto porque su empresa quebró.

—¿Señor Wiseman? Parece un antiguo satélite de Spacelink. Es un auténtico milagro que aún no se haya chamuscado.

Y eso es muy raro, ya que, en una órbita tan baja, la atmósfera frena tanto que el satélite debería haber caído hace tiempo. Pero en uno de los despegues, la colocación en órbita no funcionó como se esperaba, por lo que cuatro ejemplares acabaron en órbitas más altas. Nick lo recuerda solo porque aquel suceso retrasó un mes entero su primer despegue al espacio. La NASA quería estar segura de que esa empresa privada tenía toda su técnica bajo control.

—¿Spacelink? —pregunta el pasajero con curiosidad.

—Eso parece. Tiene toda la pinta de serlo, por esa órbita tan baja. Si fuera un satélite activo, el radar emitiría una advertencia.

—Entonces, ¡seguro que el trasto ese tendrá un valor considerable! —dice el pasajero con entusiasmo.

—Después de tanto tiempo, seguramente solo como chatarra electrónica —comenta Nick.

—¿No se ha enterado de que, hace poco, se subastó un coche del fundador de la empresa por cincuenta millones? Una empresa especializada en recuperación lo trajo expresamente de su órbita marciana.

El hombre tiene razón. El fundador de Spacelink sigue siendo venerado por sus fans. Y el hecho de que la mayoría de sus demás satélites ya se hayan carbonizado debería aumentar claramente el valor de este ejemplar.

—Señor Wiseman —dice Nick—, creo que deberíamos tomar nota de la órbita exacta de esta joya. Así, más tarde, podríamos...

—¿Por qué más tarde? —le interrumpe el hombre. Ha levantado tanto la voz, que cuatro de los otros cinco pasajeros dejan de hacer fotos por la ventanilla para observarlo.

—Deberíamos comentarlo con tranquilidad —replica Nick y levanta los brazos.

—Se me ocurre una idea —dice Wiseman—, ya que también tengo una reserva para una EVA, una actividad extravehicular. Simplemente, aprovechamos la salida para meter eso dentro.

—Para ello tendríamos que cambiar nuestro rumbo —explica Nick.

Sin embargo, ya no protesta más. Solo está buscando argumentos para que el hombre le ayude a decidirse.

—Usted es el piloto. Pero el cacharro ese no parece estar muy lejos.

—Aquí arriba eso es algo relativo. Está encima de nosotros. Tendríamos que frenar para alcanzar su órbita y, luego, volver a acelerar para recuperar el tiempo perdido en una órbita más baja. Tengo que llevarlos de vuelta a Nuevo México y, a ser posible, con unos cuantos litros de metano en el depósito; si no, mi jefe me despedirá.

«Lo cual no estaría nada mal», piensa Nick. No tendría que volver a subirse a este autobús espacial para convertir en astronautas a pandillas de idiotas sin formación alguna.

—Eso tiene que calcularlo usted. Ahí ya no puedo ayudarle —dice Wiseman—. Aunque parto del hecho de que tenemos reservas a bordo. ¿Qué pasaría si me perdiera durante la EVA?

Nick suspira.

—Es cierto, llevamos en los depósitos casi el doble de metano del que, en principio, necesitamos. Es la norma en los viajes espaciales privados y es lo que hace que sus billetes sean tan caros.

—Usted haga sus números. Pero supongamos que pudiéramos sacar diez millones por el satélite ese. Usted se llevaría tres a casa. Como descubridor me quedaría, claro está, con la mayor parte.

—¡Ni hablar! —dice Nick—. O vamos a partes iguales o aquí no pasa nada.

—¿Se apunta entonces? —pregunta Wiseman.

Nick se echa a reír. Ha caído fácilmente en la trampa.

—Por casualidad, ¿no será usted político?

—No, soy agente inmobiliario —dice el pasajero—. Me cabrea un poco, pero está bien, acepto. Nos partiremos los beneficios. A propósito, me llamo Walter.

Wiseman le extiende la mano y Nick se la estrecha.



Nick pulsa un botón en su panel de mando y una voz automatizada se escucha por toda la nave.

—Atención, corrección de órbita. Por favor, abróchense los cinturones.

En las pantallas que tienen todos los pasajeros, junto a su ventanilla, aparece el mismo texto. Casi todos se abrochan los cinturones, excepto la rubia cuarentona sentada al fondo a la derecha, que ignora el aviso. Lleva los auriculares puestos y mueve la cabeza de un lado al otro con los ojos cerrados. Al espacio le ha dedicado solo un breve momento de atención tras sobrepasar la línea de Kármán. El viaje debe ser un regalo de su marido para poder tirarse tranquilamente a su secretaria. Nick suspira, se levanta, flota hasta ella y le da unos toques en los auriculares. La mujer, asustada, abre los ojos y Nick le señala el aviso en la pantalla.

—Oh, perdón —dice voz en grito y se abrocha el cinturón.

Nick regresa a su asiento. El ordenador ha calculado ya el nuevo rumbo. No tiene más que apretar el botón de inicio. La formación exhaustiva que recibió sobre navegación orbital está muy bien. Pero ¿todavía sería capaz de calcular por sí mismo las fases necesarias de frenado? Cierra los ojos y se abandona al empuje de los motores, que le presiona contra el asiento.



El asiento vibra. Nick abre los ojos asustado. ¿Se habrá dormido? Observa los indicadores. La nave ha alcanzado la posición calculada y vuelve a flotar sin motor por el espacio.

Nick se gira hacia los pasajeros. La rubia con auriculares parece dormida. Los demás están todos pegados a sus ventanillas.

—Hora de salir —dice, haciendo un gesto al calvito.

—¿Salir? —pregunta una turista japonesa.

—El señor Wiseman ha reservado una EVA —le responde Nick—. Quiere darse una vueltecita por ahí fuera.

—¡Oh! A mí también me gustaría hacerlo —exclama la mujer.

—Lo siento, eso debería haberlo contratado al hacer la reserva. Tiene un sobre coste de 5000 dólares.

—¿Y puedo pagarlo ahora? —La turista agarra su bolso y busca su monedero.

—Lo siento, pero no puede ser. Solo disponemos de equipo para un pasajero a bordo.

La japonesa vuelve a sentarse. Se nota la decepción en su rostro.

—Venga conmigo a la parte de atrás, Wiseman —dice Nick.

El agente inmobiliario le sigue. La esclusa se encuentra en la parte posterior de la nave. Nick desliza la puerta exterior hacia un lado. Lo que hay detrás recuerda un poco a una gigantesca caja de bombones. Para ahorrar aire, allí hay tres figuras tridimensionales con forma más o menos humana, moldeadas con un material blando aunque muy resistente. Dentro se hallan los trajes espaciales. Nick saca primero para Wiseman y, luego, el suyo.

—Métase dentro —le ordena.

Los trajes son tan poco complicados, que se los puede poner un lego en la materia sin problema alguno. Sobre to-

do porque pueden llenarse con tanto aire que no se requiere ejercicio físico previo. Nick conoce bien los antiguos trajes de la NASA para los cuales era necesario subirse a una bicicleta, durante media hora, para evitar la enfermedad del buzo.

—¡Hecho! —dice Wiseman con una gran sonrisa.

Nick comprueba que el traje está bien puesto, aprieta un poco más las correas y le da un pequeño golpe sobre el hombro en reconocimiento de su buena labor.

—Lo ha hecho muy bien —le felicita Nick y le señala el casco—. Cuando lo haya cerrado, se activará la conexión por radio.

—Entendido. ¿Y ahí fuera?

—No tiene que hacer nada. Su traje está vinculado al mío y me sigue automáticamente, vaya donde vaya. ¿Ve esas boquillas en el cinturón? Ellas se encargan de eso.

—¿Y si le golpea un meteorito? —pregunta Wiseman.

—Para empezar, mientras vuelan por aquí, se llaman asteroides —responde Nick—. En segundo lugar, el riesgo es ínfimo. Antes le caería un coco sobre la cabeza en Nueva York. Y, en tercer lugar, el traje le traería automáticamente de regreso a la esclusa. Y eso también pasaría si hubiera peligro de quedarnos sin propulsión en el traje. Así que no le puede pasar nada.

—Eso me tranquiliza —murmura Wiseman.

—Manos a la obra entonces —dice Nick y cierra su casco.

Él va ahora por delante. Siempre le cuesta un poco moverse por ese espacio tan estrecho. Cuanto menor es el espacio entre traje y pared, menos aire se desperdicia. Un indicador de estado en el visor del casco le informa de que el calvito está ya listo.

—Cerrar puerta interior de esclusa —dice Nick.

A sus espaldas se vuelve a cerrar la puerta interior.

—Ahora cuidado, señor Wiseman. Se asustará, pero no puede pasarle nada.

—Gracias por el aviso.

—Abrir puerta exterior —ordena Nick.

Sabe lo que va a pasar, pero instintivamente busca un agarre donde asirse. La plancha de metal, que hasta ahora les impedía ver el exterior, se desplaza con rapidez hacia un lado. Está colgando cabeza abajo sobre el globo terráqueo, que llena todo su campo de visión. La sensación de caída libre es embriagadora. Nick suda. No, no se está cayendo. Solo necesita un par de segundos para acostumbrarse a esa perspectiva. En su mente, da la vuelta a la situación. Para ello cierra los ojos y, cuando los abre, está tumbado observando el cielo donde cuelga una Tierra gigante. Mucho mejor.

Wiseman respira entrecortadamente.

—¿Todo bien? Cierre los ojos. La Tierra está encima de usted. ¿Me oye?

—Todo está... —dice Wiseman.

—No le puede pasar nada, señor Wiseman. Aquí no hay un abajo y un arriba. Cierre los ojos e imagínese la Tierra en el cielo.

Lo que dice Nick tampoco es del todo cierto. Si Wiseman vomita, se acabó la excursión. Eso consta en la letra pequeña. La puerta exterior se cierra por sí sola.

—Vale —murmura por fin el agente inmobiliario—. Ahora estoy mejor.

—¡Genial! Es usted un astronauta nato.

Estas fueron las primeras palabras que le enseñaron a decir en su formación como piloto turístico. Porque funcionan.

—Gracias —dice Wiseman.

—Ahora, vamos a separarnos de la nave.

—Entendido.

Nick presiona un instante el pulgar contra el lateral del índice. Con ello, la boquilla de su espalda le proporciona un impulso que le desplaza lentamente hacia delante. Abandona el estrecho nicho y sale de la nave. El traje del

pasajero le imita en todo. Wiseman vuelve a resoplar con fuerza.

—¿Todo bien? —pregunta Nick.

—Sí. Es muy raro, pero bien.

—Vale. Voy a buscar el satélite. Puede cambiar su posición en el espacio con la mano izquierda. ¿Se lo habían explicado ya?

—Sí, me acuerdo.

—Y no se preocupe, que no se me escapará.

—Gracias.

Nick controla los menús en su casco. Primero recupera la imagen del radar y luego la vista por infrarrojos. El satélite que quieren llevarse ya está en la misma órbita que ellos. El ordenador ha calculado un rumbo casi perfecto. Nick cierra los menús y mira a su alrededor. Allí. Esa sombra frente al sol. Debe ser eso. Nick introduce la mano en su cinturón de herramientas. Allí está la cuerda de nilón para emergencias, como establecen las normas.

—Lo tengo —dice—. Venga conmigo, vamos a por el trasto.

Pone rumbo al satélite estirando el brazo derecho. Cuando lo hace le recuerda siempre un poco a Superman. El traje espacial hace de capa.

Wiseman se siente exultante. Su traje sigue al de Nick. Sin duda es un talento natural. Normalmente, los pasajeros no se adaptan con tanta rapidez a las circunstancias en órbita. Pero igual Wiseman está ahora más motivado por la expectativa de los beneficios que van a conseguir.



A primera vista, el satélite de Spacelink parece nuevo. Solo tiene un par de cicatrices, pero sus células solares brillan como recién lavadas. Nick vuela a su alrededor. Tiene que

replegar los paneles solares para poder cargarlo. Sin embargo, cuando lo intenta, el satélite empieza a girar.

—¿Wiseman?

—¿Sí?

—Necesito su ayuda. Tiene que sujetar el panel derecho mientras yo doblo el izquierdo.

—¿Y cómo lo hago? ¡No controlo mi traje!

—Ahora ya tiene el control. Dirija el brazo derecho al panel derecho y toque suavemente el pulgar con el índice.

—De acuerdo.

Wiseman se pone en movimiento. Cuando ha llegado a la altura del panel, Nick vuelve a asumir el control del traje de Wiseman, que se para de inmediato.

—Perfecto —le elogia—. Ahora límitese a sujetar el panel.

Nick hace que su propio traje empuje hacia delante. El de Wiseman copia el movimiento, por lo que empujan ambos los paneles hacia dentro. Ha funcionado. Tras unos 15 grados de rotación, los paneles se desplazan solos a la posición de seguridad y se repliegan por completo. Nick fija a Wiseman en el espacio y se desplaza hacia el satélite. Saca la cuerda de su bolsa de herramientas y la fija entre los dos paneles. Entonces vuelve a tomar a Wiseman a remolque.

—Ha estado bien —informa Nick—. Volvemos a la nave. Tiraremos de la cuerda de recuperación desde dentro.

—Pues ha ido muy rápido —dice Wiseman—. ¿No podemos hacer aquí fuera alguna otra cosa prohibida?

—Ya hemos perdido mucho tiempo. Si llegamos tarde tendremos problemas. La nave debe estar lista para volver a despegar mañana.

Regresan en paralelo hacia la nave. Nick cuelga la cuerda en una polea en la parte superior de la cápsula y se desplazan hacia la esclusa. Los trajes se introducen de nuevo en el estrecho espacio, la puerta exterior se cierra y se abre la interior.

—¡Felicidades, Walter! —exclama Nick—. Ha superado su primera actividad extravehicular.

—Gracias.

Wiseman se quita el traje espacial. Un olor desagradable alcanza la nariz de Nick, pero lo ignora educadamente. Suele ocurrir que, al abrirse la esclusa exterior, los novatos se tengan que aliviar. Pero para eso llevan un pañal. No hay lavabos a bordo.

Nick flota de regreso hacia su asiento de mando y pulsa el botón de abrocharse los cinturones. Un momento, aún falta algo. Busca el menú de intervenciones de emergencia. Con él puede controlar la cuerda sobre el techo y recuperarla. El satélite se mueve hacia ellos y la nave modifica por ello algo su posición. Fuerza igual a resistencia, de Newton no se salva nadie. El satélite aterriza sobre el techo de la nave. Tensa la cuerda todo lo posible para que no se les escape el trofeo. Nick introduce los nuevos datos, entre ellos también la nueva masa total de la nave con el satélite Spacelink en el ordenador de a bordo. Aterrizarán en el puerto espacial con 40 minutos de retraso. Su jefe no saltará precisamente de alegría.



Faltan 40 kilómetros. En un par de minutos lo habrá conseguido. Podrá sentarse en su coche e irse a casa. Espera que Rosie no haya llegado aún. Le gustaría disfrutar de una media horita de tranquilidad. Sentarse en el sofá, que tienen en el porche de la casa, mirar el desierto y relajarse.

De pronto, comienza a oírse un ruido de tamborileo. Viene de arriba. Mierda. Nick se aprieta contra el cinturón y se incorpora.

—¿Señor Abrahams? —pregunta una voz femenina desde atrás.

Nick cierra los ojos. No hay nada que hacer. ¿No sería lo mejor para todos? Su esposa cobraría el seguro que su jefe tuvo que contratar y a él le dejan en paz.

—¿Señor Abrahams?

La japonesa se pone pesada. Una mano le toca el hombro. Nick se gira enfadado. ¿No se habrá levantado esa mujer? El agente inmobiliario está de rodillas en el suelo y señala hacia arriba.

—¿Tiene eso bajo control? —pregunta.

—Naturalmente.

Y afirma con la cabeza. Está clarísimo cuál es el problema. El satélite de mierda no está bien fijado y baila con el viento. Debería haberlo fijado al menos en tres puntos. ¿Por qué lo habrá olvidado? ¿Quería, quizás, acabar en esta situación? Pero ahora es demasiado tarde. Durante el descenso no puede salir. Y abortar el aterrizaje no es, ni de lejos, una opción.

Nick se suelta el cinturón para llegar más cómodo a la pantalla de mando. Busca el programa de emergencias. No puede cortar la cuerda, pero sí expulsar la polea que la sujeta y perder así el carísimo *souvenir* que quería vender junto con Wiseman.

—Lo siento, amigo —dice, y pulsa el botón de expulsión de la polea.

El tamborileo no para.

—Mierda.

—¿Señor Abrahams? ¿Qué pasa? —pregunta la turista desde el fondo.

—Esto no me suena a tener las cosas bajo control —murmura Wiseman.

Es lo último que necesita.

—¡Por favor, cállense todos, necesito pensar! —grita Nick.

Bien. Nadie dice ni mu. Solo se escucha el tamborileo y cada vez más fuerte. La polea debe haberse enganchado. ¿Qué pasará, cuando la atmósfera sea cada vez más densa?

¿Cuántos golpes aguantará el techo de la nave? La parte inferior está reforzada para la reentrada, pero la superior no tiene por qué ser tan estable. Así que los que la construyeron seguro que ahorraron peso en ella. Cada gramo cuesta un par de dólares por cada despegue.

Nick se acerca al techo. El dispositivo de emergencia impide expresamente el control electrónico ya que está pensado para seguir funcionando incluso en caso de fallo eléctrico. Tiene que expulsar la polea a mano. ¡Si al menos recordara lo aprendido en el curso de formación! Pero de eso hace ya ocho años y, desde entonces, no ha habido jamás un caso de emergencia. Mierda. ¡Su jefe se pondrá histérico! Solo por el hecho de tener que intervenir manualmente hará falta una reparación de varios días. Nick se estira hacia arriba. Con la navaja de bolsillo aparta el revestimiento del techo hacia un lado. Debajo hay un hueco vacío.

—¡Wiseman, ilumine el interior con la linterna!

El calvito reacciona rápido. Buen hombre. Ahora puede ver la palanca y el interruptor en el entretecho. Están rotulados con abreviaturas que, por aquel entonces, tuvo que aprenderse de memoria. Expulsión, eso seguro que debe aparecer rotulado con Ej de Ejection. Pero hay cuatro candidatos. MSEj, LEj y CEj 1 y 2. Los dos últimos quedan excluidos porque solo hay una polea. ¿Para qué servirá MS? ¿Y si lo prueba? Toca la palanca con la mano derecha. ¿Y si la «S» se refiere a «Seat», el asiento? Si los eyecta a todos a 35 kilómetros de altura, morirán. No, debe ser la L; quizá signifique «Line», de línea o cuerda. No se le ocurre nada. Tiene que beber menos.

Nick mira hacia abajo. Podría ser una mirada de despedida. Wiseman mueve los labios, pero el ruido es ahora tan fuerte que no le entiende ni una palabra. Tira de la palanca rotulada LEj. Nota resistencia y se cuelga de la palanca que cede y se desplaza un par de centímetros hacia abajo.